

NARRACIONES EXTRAORDINARIAS

Edgar Allan Poe



Las *narraciones extraordinarias* de **Edgar Allan Poe** constituyen la parte más conocida de su obra. El cine y la televisión han explotado, no siempre con fortuna, lo que en Poe hay de misterioso y hasta terrorífico, dejando de lado la intensidad, el pulso y ese acento de campana gigantesca que suponen los valores primordiales de una obra concentrada y personalísima, en la cual lo humano se eleva por caminos pavorosos a tensiones muy superiores a su contenido melodramático. Como si la vida, con su fundamento de terrores y sombras, necesitase ser penetrada por su autor, preocupado por alumbrar inéditos caminos con sus descubrimientos.

PRÓLOGO

Cuando me ofrecieron prologar estas narraciones extraordinarias de Edgar Allan Poe, rechacé de plano. Rechacé porque se ha analizado, se ha profundizado en su vida y su obra hasta tal punto, que es prácticamente imposible añadir algo más. Baudelaire prologó la primera edición francesa de las obras del genial escritor americano y desde entonces han sido centenares las plumas de valía que se ocuparon de él. Sí, rechacé encargarme de estas líneas, pero luego, cuando me aclararon que la presente edición tenía por objeto hacer llegar al gran público la obra de Edgar Allan Poe y que lo que de mí se solicitaba no era un estudio profundo, que no estoy preparado para llevar a cabo, sino más bien unas palabras sencillas que sirviesen de presentación de la obra de Poe a aquellos que aún la desconocen, acepté el hacerlo.

Edgar Allan Poe nace por accidente en los Estados Unidos de América en 1809. Digo por accidente porque Poe vivió y murió en su patria sin tener jamás ningún punto de contacto espiritual con el mundo que le rodeaba. Nadie más alejado de aquella «América en marcha», de aquellos pioneros de manos rudas, sonrisas limpias y francas, llenos de simplicidad. No, nada más lejos de todo esto que Edgar Allan Poe. Su obra, hasta su propia persona, parecen impregnadas del aroma nocivo y atrayente que despedía la exquisita podredumbre de la Europa romántica. El romanticismo que imperaba en el viejo continente llegaba a América como un débil eco. Sólo Poe enarboló su bandera, sien-

do tal vez por eso, por su soledad, por lo que su figura se agiganta mucho más.

Poe es un coloso. Fue principio y fin de un género literario. Su mano trémula de alcohólico abrió una nueva puerta en la literatura universal: la puerta del terror. Con Poe, lo extraordinario, lo sobrehumano, lo espantoso, alcanzan sus más altas cimas. Luego de Poe, sólo una secuela de imitadores que jamás alcanzaron la calidad del maestro. Al igual que las pinturas negras de Goya, los relatos de Poe siguen siendo hoy obra de vanguardia. El ejército de los románticos hizo historia en la literatura, pero pasó. Todos han pasado; sus estilos, sus temas, sus personajes, hoy nos resultan falsos, carentes de vida, de fuerza, anticuados. Poe no, su obra sigue palpitando, sigue siendo un autor «de mañana».

Profundo conocedor del idioma, como poeta hace que las palabras adquieran en sus versos vibraciones insospechadas. Sus poemas, más que rimar, resuenan.

Al leer a Poe intuimos que el fin que persigue con sus narraciones no es el de interesarnos por una trama, ni el de hacer gala de su calidad literaria, ni de su fluidez, ni de la pureza de su idioma. No, lo que Poe persigue es impresionar al lector. En sus narraciones no hay lección moralizante ni mensaje alguno. Sólo hay colores fuertes, sensaciones extremas. Poe intenta y logra aterrar, entristecer, desesperar.

Su vida parece una más de sus historias alucinantes. Hijo de dos cómicos de la legua, queda huérfano a los pocos años y es adoptado por John Allan, próspero comerciante de Virginia, a quien Poe debe su primer apellido. Estudia en Inglaterra durante cinco años y regresa a los Estados Unidos. En 1826 ingresa en la Universidad de Charlottesville. Desde su adolescencia se aficiona al juego y a la bebida, gasta cuanto dinero cae en sus manos y adquiere deudas que su padre adoptivo se niega a pagar. En 1830 se rompen los lazos entre Poe y John Allan, iniciando entonces aquél una vida bohemia que no abandonará hasta su

muerte. Durante años su tía Clem y la hija de ésta, Virginia, mantienen a Poe con lo poco que ganan con sus labores de costura.

En 1833 obtiene el primer premio de la revista «Saturday Visitor», de cien dólares, que Poe conquista con su narración Manuscrito hallado dentro de una botella.

En 1834 muere John Allan sin haber mencionado en su testamento a su hijo adoptivo.

En 1836 se casa con su prima Virginia, que a la sazón cuenta 14 años. Intenta vivir de la literatura sin conseguirlo. Trata de hallar su inspiración en el alcohol, que día a día le encadena más, y comienza a sufrir ataques de delirium tremens.

En 1845 la publicación de El cuervo, su más famoso poema, le abre las puertas del triunfo. Logra la fama, pero no encuentra solución económica alguna. La miseria no suelta su presa.

Su agudo sentido crítico, su cinismo, su extraordinaria inteligencia, su inmensa soberbia, le granjean la enemistad de cuantos le tratan. Su obra se yergue solitaria en medio del vacío literario de su época. Como ser humano, es también un hombre solo, rodeado de una masa gris y vulgar que no sabe comprenderle.

Una madrugada de 1849 fue encontrado en un callejón de Nueva York, a pocos metros de una taberna, un borracho semiinconsciente, descuidado y sucio. Era Poe. Pocas horas después moría en un hospital. Su fallecimiento pasó inadvertido. Ninguno de los pocos amigos con los que aún contaba se molestó en pagar su entierro. Fue una muerte más entre las que se producían a diario en la gran ciudad. Nadie en América lo advirtió, en esa América confiada y sonriente que amasaba su futuro; no, América no supo que con la muerte de ese borracho había perdido la figura cumbre de su literatura.

En el presente volumen se han seleccionado los más representativos relatos de las Narraciones extraordinarias de

Edgar Allan Poe, procurando ofrecer, junto a los más conocidos —El corazón delator, La caída de la casa Usher, El gato negro, Los asesinatos de la Rue Morgue—, otros cuya aparición no es tan común en las antologías del género —Metzengerstein, La carta robada, etc.—.

Personalmente, debo mucho a Poe. Cuando contaba pocos años, sus narraciones me robaron el sueño más de una vez, dejándome una huella imborrable.

En una ocasión una persona me preguntó, refiriéndose a una serie de la televisión que tenía por base precisamente los relatos de Poe: «¿Encuentra usted algún valor positivo en esos cuentos de miedo que nos ofrece a través de la televisión? ¿Cree usted sinceramente que la literatura de terror tiene algún mérito?». Contesté que sí, que creía que los hombres necesitábamos del terror. Nadie es tan impresionable como los niños, que en la oscuridad de la noche se asustan de los ruidos, los murmullos, las sombras, hasta del mismo silencio. No, nadie se asusta más que un niño; por eso creo que los hombres a veces necesitamos del terror para asustarnos y sentirnos niños otra vez.

NARCISO IBÁÑEZ SERRADOR

LA CAÍDA DE LA CASA USHER

Son coeur est un luth suspendu; sitôt
qu'on le touche il résonne^[1].

DE BÉRANGER.

A lo largo de todo un pesado, sombrío, sordo día otoñal, cuando las nubes se ciernen agobiosamente bajas en el cielo, yo había ido cruzando, solo, a caballo, por un terreno singularmente lóbrego de la campiña; y al fin, me hallé, cuando las sombras de la tarde iban cayendo, a la vista de la melancólica mansión de los Usher. No sé cómo fue, pero, a mi primer atisbo de la casa, una sensación de insufrible tristeza invadió mi espíritu. Digo insufrible, porque aquella sensación no era mitigada por ninguno de esos sentimientos semiagradables, por lo poéticos, con que el espíritu recibe hasta las más severas imágenes naturales de lo desolado o terrible. Yo contemplaba la escena que tenía delante —la casa y las líneas del paisaje de aquella heredad, las frías paredes —las ventanas vacías que parecían ojos— unos juncos lozanos —y unos pocos, blanquecinos troncos de árboles carcomidos— con tan completa depresión de ánimo, que yo no podía compararla propiamente a otra sensación terrena sino al desvarío que sigue a la embriaguez del opio —amarguísimo tránsito a la vida cotidiana— horrible caída del velo. Era un helor, un abatimiento, una angustia del corazón— una irremediable tristeza de pensamiento, que ningún estímulo de la imaginación, podía convertir en el menor grado de entusiasmo por lo sublime. ¿Qué era? —me detuve a reflexionarlo— ¿qué era lo

que así me deprimía en la contemplación de la Casa de los Usher? Era un misterio insoluble; ni siquiera podía yo luchar con las imaginaciones sombrías que tumultuaban en mí durante aquellas reflexiones. Me veía obligado a recaer en la insatisfactoria conclusión de que, sin duda, puesto que se dan combinaciones de sencillísimos objetos naturales, que tienen el poder de afectarnos de tal modo, el análisis de ese poder reside en consideraciones que están fuera de nuestros alcances. Era posible, pensaba yo, que una simple disposición de las particularidades de la escena, de los pormenores del cuadro, fuesen suficientes para modificar, o acaso aniquilar, su capacidad para producir impresión dolorosa; y, obrando de acuerdo con aquella idea, guíé mi caballo hacia el tajado margen de un negro y tétrico estanque, el cual se extendía con no alterado brillo junto a la casa, y contemplé dentro de él —aunque con un estremecimiento más trémulo todavía que el de antes— las repetidas e invertidas imágenes del verde juncar, y de los troncos siniestros de los árboles y las vacías ventanas que parecían ojos.

Y, con todo, yo me proponía entonces pasar unas semanas en aquella lóbrega mansión. Su propietario, Rodrigo Usher, había sido uno de los alegres camaradas de mi adolescencia; pero habían pasado muchos años desde la última vez que nos vimos. Sin embargo, había recibido últimamente, en una distante región de aquel país, una carta suya, la cual, por su carácter de apremiante insistencia, no admitía sino una respuesta mía en persona. Aquel manuscrito manifestaba claramente grande agitación nerviosa. El que lo escribía hablaba de una enfermedad corporal aguda, de un trastorno mental que lo oprimía, y un vehemente deseo de verme, como a su mejor, y en realidad, único amigo de veras, para ver si con el gozo de mi compañía, hallaba algún alivio a su enfermedad. La manera como todo aquello, y mucho más, estaba dicho —y el modo como se me hacía aquella súplica con *todo el corazón*— no me daban espacio

para vacilar, y en consecuencia, inmediatamente obedecía lo que, sin embargo, seguía pareciéndome singularísimo requerimiento.

Aunque de muchachos habíamos sido íntimos camaradas, yo conocía en realidad muy poco a mi amigo. Su reserva para conmigo había sido siempre excesiva y habitual. Con todo, yo estaba enterado de que su antiquísima familia había sido notable, desde tiempo inmemorial, por una peculiar sensibilidad de temperamento, que se había desplegado durante largos siglos, en muchas obras de arte superior, y manifestado últimamente en obras de caridad munífica aunque nada ostentosa, así como en apasionada devoción para las intrincadas, tal vez más que para las normales y reconocibles bellezas, de la ciencia musical. Y también había sabido, cosa muy digna de notar, que el tronco de la raza de los Usher, con ser de tan antigua reputación, en ningún período había producido ramas duraderas; dicho de otro modo, que toda su descendencia era por línea directa, y siempre con muy insignificantes y temporarias variaciones, se había perpetuado de aquel modo. Aquella deficiencia, pensaba yo, mientras daba vueltas en mi pensamiento a la perfecta correspondencia del carácter de aquellas posesiones con el atribuido a las personas, y mientras reflexionaba acerca de la posible influencia que el de las unas, en el largo transcurso de los siglos, podía haber ejercido en las otras —aquella deficiencia, tal vez, de sucesión colateral, y la consiguiente, indesviada transmisión, de señor a hijo, del patrimonio junto con el nombre, era lo que a la larga los había identificado hasta el punto de fundir el título original de la posesión con el rancio y ambiguo nombre de «Casa de Usher»— nombre que parecía incluir en la intención de los lugareños que lo usaban, a un mismo tiempo la familia y la mansión familiar.

He dicho que el solo efecto de mi algo pueril experimento —el de mirar dentro del estanque había sido el de reforzar más todavía mi primera y singular impresión. No

podía caber duda en que la conciencia del rápido incremento de mi superstición —¿por qué no habría de llamarla así?— servía principalmente para intensificarla más. Tal es, me he convencido hace mucho tiempo de ello, la paradójica ley de todos los sentimientos que tienen por base el terror. Y podía haber sido por esta razón únicamente, por lo que, cuando volví a levantar mis ojos hacia la casa misma, dejando de mirar su imagen en el estanque, se originó en mi espíritu una extraña fantasía —una imaginación tan ridícula, en efecto, que sólo hago mención de ella para mostrar la vivida fuerza de las sensaciones que me oprimían. Había yo excitado mi imaginación como si realmente creyera que por toda la casa y toda aquella heredad se cernía una atmósfera peculiar de ellas y de cuanto las rodeaba— una atmósfera que no tenía ninguna afinidad con el aire del cielo, sino que se había exhalado de los desmedrados árboles, y del verde valle, y del silencioso estanque— un vapor pernicioso y misterioso, pesado, inactivo, apenas discernible, y de color plomizo.

Sacudiendo de mi espíritu lo que *debía* haber sido un sueño escudriñé más estrictamente el aspecto del edificio. Su principal carácter parecía ser el de extraordinaria antigüedad. Y el descoloramiento causado por los siglos había sido muy considerable. Abundancia de diminutos hongos se esparcían por todo el exterior de la casa y colgaban, en delicado enmarañado tejido, de los aleros. Y sin embargo, esto no tenía nada que ver con un deterioro extraordinario de la casa. No había caído ningún trozo de mampostería, aunque parecía existir un extraño desacuerdo entre el perfecto ajuste de las partes, lo desmoronado de cada una de las piedras. Ello me recordaba mucho la engañosa integridad de viejas obras de carpintería que se han ido carcomiendo durante años en algún desván olvidado, sin estorbos del soplo del aire exterior. Aparte de aquel indicio de general ruina, el edificio, con todo, no ofrecía la menor señal de inestabilidad. Tal vez la vista de un observador minu-

cioso hubiera podido descubrir una grieta apenas perceptible que, extendiéndose desde el techo de la fachada del edificio, bajaba por la pared zigzagueando hasta que se perdía dentro de las tétricas aguas del estanque.

Mientras iba notando aquellas cosas, cabalgaba yo por una corta calzada que conducía a la casa. Un mozo que estaba aguardándome, se encargó de mi caballo, y entré en el gótico vestíbulo abovedado. Un criado de paso furtivo, me condujo en silencio desde allí, por varios oscuros e intrincados pasadizos, hacia el estudio de su amo. Mucho de lo que encontré por el camino contribuyó no sé de qué modo, a intensificar más todavía los vagos sentimientos de que he hablado ya. Con todo y ser los objetos que me rodeaban —las entalladuras de los techos, las oscuras tapicerías de las paredes, la negrura de ébano de los pisos, y los fantasmagóricos trofeos heráldicos que traqueteaban con mis pisadas, no eran sino cosas a las que, o como a las que, yo me había acostumbrado desde mi infancia— a pesar de que yo no vacilaba en reconocer lo familiar que me era todo aquello— sin embargo me maravillaba al hallar cuán poco familiares eran las imaginaciones que aquellas imágenes ordinarias estaban agitando en mí. En una de las escaleras por donde subimos, hallé al médico de la familia. Su fisonomía, a lo que me pareció, mostraba una expresión mezclada de baja marrullería y perplejidad. Pasó por mi lado con azoramiento y continuó su camino. Entonces el criado abrió una puerta y me introdujo a presencia de su señor.

... La habitación donde me hallé era muy vasta y alta. Las ventanas eran largas, estrechas y puntiagudas, y a tan elevada distancia del negro pavimento de roble, que desde dentro eran completamente inaccesibles. Débiles fulgores de luz acarmesinada se abrían paso por los enrejados cristales, y servían para hacer lo suficiente distinguibles los objetos más prominentes en derredor; con todo, la mirada se esforzaba en vano para alcanzar los más lejanos rincones de la habitación, o los meandros del abovedado y calado te-

cho. Negras colgaduras pendían sobre las paredes. El mobiliario general era profuso, incómodo, anticuado y desvenecijado. Algunos libros e instrumentos musicales estaban esparcidos por allí; pero no alcanzaban a dar vida alguna al conjunto. Sentí como si estuviese respirando una atmósfera de tristeza. Un aspecto de austera, profunda e irremediable melancolía se cernía y lo invadía todo.

Al entrar yo, Usher se levantó de un sofá donde había estado echado completamente, y me saludó con vivaz vehemencia que tenía mucho, según yo pensé al primer pronto, de cordialidad excesiva de obligado esfuerzo de hombre de mundo *aburrido*.

Con todo, una ojeada a su continente, me convenció de su perfecta sinceridad. Nos sentamos; y durante unos momentos, en que él no dijo palabra, lo contemplé con un sentimiento medio de lástima, medio de terror. ¡Sin duda, jamás un hombre había cambiado de modo tan terrible, en tan poco tiempo como Rodrigo Usher! No sin dificultad pude admitir la identidad de aquel ser macilento que tenía ante mí, con el camarada de mi temprana edad. Y eso que el carácter de su rostro había sido siempre extraordinario. Una tez cadavérica; unos ojos grandes, licuescentes y luminosos sobre toda comparación; los labios algo delgados y muy pálidos, pero de curvas extremadamente bellas; una nariz de fino modelado hebreo, pero con las ventanas demasiado abiertas para semejante forma; un mentón finamente modelado, que por su poca prominencia expresaba falta de energía moral; los cabellos de sédea suavidad y tenuidad; aquellas facciones, con un exagerado ensanchamiento en la región de las sienas, formaban una fisonomía difícil de olvidar. Y ahora en la mera exageración del carácter predominante de aquellas facciones, y de la expresión que solían mostrar, había tanto de cambiado, que yo dudaba quién estaba hablando. La lívida palidez actual de su epidermis, y el nuevo y maravilloso brillo de sus ojos, eran lo que más me asombraba y aun aterrorizaba. También los

sedosos cabellos habían sido dejados crecer con el mayor descuido, y como con su extraño enmarañamiento de telaraña flotaban más que caían alrededor de su rostro, yo no podía ni con esfuerzo, relacionar aquella salvaje expresión con ninguna idea de pura humanidad.

En los gestos de mi amigo me llamó la atención en seguida cierta incoherencia, cierta inconsistencia; y pronto vi que ello procedía de una serie de esfuerzos débiles y vanos para dominar una trepidación habitual, una excesiva agitación nerviosa. Para algo de aquella naturaleza ya había sido yo preparado, en efecto, no menos por su carta que por los recuerdos de ciertos rasgos de su niñez, y por conclusiones deducidas de su peculiar conformación física y temperamento. Sus gestos eran alternativamente vivaces y flojos. Su voz variaba rápidamente de una trémula indecisión (cuando los espíritus vitales parecían del todo ausentes) a esa especie de enérgica concisión —a esa brusca, grave, pausada y ahuecada pronunciación—, a esa aplomada, equilibrada y perfectamente modulada pronunciación, que se puede observar en los borrachos perdidos, o en los incorregibles tomadores de opio, durante los períodos de su más intensa excitación.

Así fue cómo me habló del objeto de mi visita, de su vivo deseo de verme y del consuelo que esperaba recibir de mí. Se extendió bastante en lo que él imaginaba ser la naturaleza de su enfermedad. Era, decía, una dolencia constitucional y familiar, y para la cual desesperaba de hallar remedio —pura enfermedad nerviosa, añadió inmediatamente, que sin duda se mejoraría pronto. Se manifestaba en una porción de sensaciones nada naturales. Algunas de ellas, según él las refería minuciosamente, me interesaron y asombraron; aunque los términos y el modo general de su narración contribuían a ello. Padecía mucho de una morbosa acuidad de los sentidos; solamente podía soportar los alimentos más insípidos; sólo podía llevar ropas de ciertos tejidos; las fragancias de todas las flores lo sofocaban; sus

ojos eran torturados hasta por la luz más débil; y solamente había algunos sonidos peculiares, y éstos de instrumentos de cuerda, que no le infundiesen horror.

Me pareció verlo completamente esclavizado por una especie anómala de terror. «Me moriré —dijo—, he de morir de esta deplorable locura. Así, así, y no de otra manera pereceré. Temo los acontecimientos futuros no por sí mismos sino por sus resultados. Me estremezco al pensar en los efectos que cualquier incidente, aun el más trivial, puede causar en esta intolerable agitación de mi alma. En efecto, no me causa horror el peligro sino por su puro efecto: el terror. En esta desalentada y lamentable condición siento que más tarde o más temprano vendrá el momento en que tendré que abandonar la vida y la razón a un mismo tiempo, en lucha con el horroroso fantasma, *Miedo*».

Noté además a intervalos y por indicaciones fragmentarias y equívocas, otro singular carácter de su estado mental. Estaba obsesionado por ciertas impresiones supersticiosas relativas a la casa que habitaba, y de la cual hacía muchos años que no se había atrevido a salir —referentes a una influencia cuyo supuesto poder me comunicaba en términos demasiado sombríos para que yo los repita aquí— una influencia que ciertas particularidades de la pura forma y materia de su mansión familiar, habían, a fuerza de largo padecimiento, decía él, ejercido sobre su espíritu —un efecto que lo *físico* de las grises paredes y torres, y del sombrío estanque en que totalmente se reflejaba, había a la larga producido sobre lo *moral* de su existencia.

Sin embargo, admitía aunque con cierta vacilación que mucho de la peculiar tristeza que de aquel modo lo afligía, podía atribuirse a un origen más natural y mucho más claro —a la grave y larga enfermedad— y aun a la segura muerte próxima —de una hermana a quien amaba tiernamente— su sola compañera durante largos años —su último y único pariente sobre la Tierra. «La muerte de ella, decía, con una amargura que jamás podré olvidar, lo dejaría (a él tan des-

esperanzado y tan débil) por único de la antigua raza de los Usher. Mientras él hablaba, *lady* Madelina (que así se llamaba) pasaba pausadamente por un largo apartado de aquella habitación, y, sin haber advertido mi presencia, desapareció. Yo la miré con profundo asombro, no sin mezcla de temor y, con todo, me fue imposible explicarme tales sentimientos. Una sensación de estupor me oprimía, mientras mis ojos seguían sus pasos que se retiraban. Cuando una puerta, al fin, se cerró tras ella, mis ojos buscaron instintivamente y con vivo interés, el semblante de su hermano, pero él había ocultado su rostro en sus manos, y yo sólo pude notar que una palidez más intensa que de ordinario se había difundido por sus enflaquecidos dedos por entre los cuales corrían abundantemente ardientes lágrimas.

La enfermedad de *lady* Madelina había burlado largo tiempo la pericia de sus médicos. Una quieta apatía, un agotamiento gradual de su persona, y frecuentes aunque transitorios ataques de carácter en parte cataléptico, tal era su insólita diagnosis. Hasta entonces ella había sufrido firmemente el peso de su enfermedad, y no había acudido al recurso final de la cama; pero al cerrar de la tarde en que llegué a la casa, sucumbía (como me lo dijo su hermano, a la noche con inexpresable agitación) al demoledor poder de la Destructora; y así me enteré de que el vislumbre que yo había obtenido de su persona había de ser probablemente el último —que aquella dama, a lo menos viviente, no volvería a ser vista por mi jamás.

Durante algunos días siguientes, su nombre no fue mentado ni por Usher ni por mí: y durante aquel período yo me atareaba en diligentes esfuerzos para aliviar la melancolía de mi amigo. Pintábamos y leíamos juntos; o bien yo escuchaba, como entre sueños, las singulares improvisaciones en su hablante guitarra. Y de este modo, a medida que una intimidad cada vez más estrecha me introducía con menor reserva en las profundidades de su espíritu, con mayor amargura yo advertía la inutilidad de toda tentativa para